

EL PORVENIR

PERIÓDICO CARLISTA

Se publica los miércoles.

Administración: Bajada de Carmelitas, núm. 1

á donde deberá dirigirse toda la correspondencia.

TARIFA DE ANUNCIOS

En tercera y cuarta plana, á precios módicos.

Por ajuste de trimestres completos, se hará el 15 por 100 de rebaja.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre, 1 peseta; un semestre, 2 íd.; un año,

4 íd.; número suelto, 0,10 íd.

Pago adelantado.

CARTA PASTORAL

De la últimamente publicada por el Venerable Obispo de Plasencia, anciano lleno de experiencia de la vida, reproducimos los siguientes interesantísimos párrafos. Mejor artículo de fondo no habíamos de hacer nosotros.

Copiamos:

Entre los que más se distinguen en la tarea de descatalogar á los hombres y apartarlos de la fe y de las prácticas de la Religión, no podemos menos de mencionar á los periódicos liberales, y entre ellos, los rotativos. La Prensa liberal es una institución esencialmente anticatólica, impía, corruptora, que lleva en sus columnas los principios de todas las rebeldías religiosas y los gérmenes de toda disolución moral. No nos perdonaríamos á Nos mismo si en el cumplimiento de nuestros deberes pastorales no levantáramos la voz frecuentemente para advertir á nuestros amados diocesanos el gravísimo peligro que para su fe ofrecen estos periódicos. En la labor diaria á que se consagran, en su afán de explotar la muchas veces insana curiosidad del público, que por otra parte se cuidan ellos de avivar, no se olvidan jamás de aplicar la piqueta demolidora á los grandes principios religiosos. Diríase que han jurado odio á muerte al catolicismo, y que en cumplimiento de ese juramento no se pueden excusar de combatirle en una ú otra forma en ninguno de sus números.

En el artículo de fondo, en las reseñas de las fiestas, en la crítica de obras literarias y teatros, en las simples noticias, en donde menos os imaginéis, aparecerá la garra del impío haciendo presa en la religiosidad del lector, para arrancarle su fe y su pudor. En las discusiones doctrinales se pondrá siempre del lado de los enemigos de la Iglesia; desconocerá sus derechos, pidiendo para ella un estado de opresión y de esclavitud; la combatirá tomando pie de hechos muchas veces inocentes; otras veces desfigurará las noticias para dañarla, y siempre, en todas ocasiones, pondrá de manifiesto su pasión sectaria, que no puede disimular. Se alegrará y regocijará de que el espíritu público se vaya alejando cada vez más de los principios católicos, teniendo ésta en su insensatez como una señal de progreso, como se alegrará de los progresos de la herejía y de la indiferencia religiosa en nuestra desgraciada Nación.

Pero si grandes daños causa á la fe y á la piedad de los pueblos la Prensa francamente impía y liberal, no menores, antes bien mayores, causa la católico-liberal.

Empeñada esta Prensa en el sacrilego intento de conciliar lo inconciliable, de unir lo que no es posible unir en manera alguna, la luz con las tinieblas, la verdad con el error, los principios católicos con los liberales, la independencia de la razón con la sujeción que la razón debe á Dios y á su santa Iglesia, fácilmente se apodera de las inteligencias, que no están sólidamente cimentadas en la verdad, con sus aparentes demostraciones de respeto á la religión, y las aprisiona en la red de sus falsos principios. Como, por otra parte, esta Prensa no se cansa de predicar una falsa paz y un fácil acomodo con los errores del derecho nuevo, y las dulzuras y comodidades de la paz son tan agradables á corazones débiles y pusilánimes, de aquí que muchos, que de otra suerte se mantendrían firmes en la fe, vacilan en sus principios y acaban por abandonarlos.

Y no lo dudéis, amados nuestros: este ha sido el principio de la caída de muchos hombres en la impiedad, y esta la primera causa de la apostasía de los pueblos. Estos no empezaron á apartarse de Jesucristo y de sus divinas enseñanzas con las predicaciones de los que francamente hacían alarde de impiedad y de irreligión. Su acendrada fe y su grande amor á la Iglesia les ponía á salvo de esos ataques, que les llenaban de horror.

Los que primeramente quebrantaron esa fe firme de los pueblos y prepararon su ánimo para recibir estas doctrinas impías, que hoy corren y se predicán por todas partes, fueron los católicos liberales que, alardeando por un lado grande amor á la Religión y profesando por otro doctrinas y máximas contrarias á ella, fueron disponiendo y preparando poco á poco este tristísimo estado actual. Si los católicos liberales son responsables, ante Dios y ante la sociedad, de los estragos que la impiedad ha hecho en los pueblos. Por eso el Pontífice Pío IX, de santa y perdurable memoria, dijo del catolicismo liberal que es un daño más terrible que la *Commune*, y añadió que estaba dispuesto á condenarlo cuarenta veces si fuera menester.

Y sin embargo de todo esto, amados hermanos é hijos, no faltan católicos, tal es la confusión que reina entre ellos! confusión que consideramos como uno de los mayores azotes con que Dios castiga nuestros pecados, y sobre todo nuestra tibieza en la fe, que predicán alianzas, pactos, uniones con esos católicos liberales para sacar á salvo con su concurso los ya mermados intereses religiosos contra los ataques de los liberales radicales. ¿Qué unión cabe entre los hijos sumisos y dóciles de la Iglesia, que humildemente rinden su razón á todas sus enseñanzas, y aquellos otros que toman de esas enseñanzas lo que agrada á su propio criterio?

Y por otra parte, ¿qué concurso pueden esperar los católicos para salvar los intereses religiosos de aquellos mismos que los han traído al tristísimo estado en que hoy los vemos? Sobrada candidez nos parece esperar nada provechoso para la Religión de uniones semejantes. No acabaríamos si hubiéramos de enumerar todos los medios que la Prensa periódica emplea hoy para combatir en nuestra Patria la Religión; y en la necesidad de poner fin á lo que á ella se refiere, no lo haremos sin advertir á nuestros amados diocesanos que no pueden leerse semejantes periódicos ni cooperar á su publicación en forma alguna sin hacerse reos de grave pecado.

VII

Si tan grandes son, pues, los estragos que la propaganda impía ha causado, y no menos la Prensa católico-liberal, en las creencias de los pueblos, ¿qué diremos de las costumbres? A la vista está cuál es nuestro estado moral, y no vamos á detenernos á describirlo.

Si la fe es el fundamento de la vida cristiana y de las virtudes, necesariamente á la decadencia de la fe se ha de seguir la decadencia de las costumbres. La fe de un pueblo es medio seguro para juzgar de su moralidad. Pueblos verdaderamente creyentes, son de ordinario pueblos sencillos, sobrios, mortificados, respetuosos, ricos en virtudes; así como los pueblos impíos y descreídos son pueblos desmoralizados, en donde todo vicio tiene su asiento y reinado.

De todo cuanto llevamos dicho inferiréis el grande aprecio y estima en que debemos tener nuestra fe y la necesidad que tenemos de vivir siempre adheridos á ella.

Que nadie os seduzca, os diremos con el Apóstol; que nadie os engañe con fábulas y doctrinas falsas, arrastrándoos á la indiferencia ó á la impiedad, que serían vuestra mayor desgracia. Mirad que, como dice el Apóstol San Pedro, el demonio, como león rugiente, anda en vuestro derredor buscando á quién devorar, es decir, á quién seducir ó engañar. ¿Cómo hemos de resistirle? El mismo Apóstol nos lo dice: *Cui resistite fortes in fide: resistentis estando firmes en la fe.* «Vigilad, os diré también con el Apóstol San Pablo, *estad firmes en la fe, portados varonilmente y sed fuertes.*» Velad, si, porque el enemigo no descansa y se mueve y agita con el siniestro fin de seduciros y engañaros. Estad firmes en la fe, porque si estáis firmes é inalterables en vuestra fe, se desvanecerán fácilmente todas las asechanzas del enemigo.

† Pedro, Obispo de Plasencia.

¿QUÉ VERGÜENZA!

Y qué asco, y cómo se alborota la bihis de cualquier persona decente viendo lo que ocurre en esta nación de borregos modorros en que, ó se ha perdido la noción del pudor y de la justicia, ó se ha enervado completamente el sentimiento moral hasta no causar la indignación las acciones más sucias y los crímenes más escandalosos.

¿No recuerdan nuestros lectores que el hombre funesto del Tratado de París, el que dió girones de bandera y de Patria que no le pedían, el canonista famoso del matrimonio concubinario, el jurista celeberrimo de la ley del registro civil ó de los cien apellidos, el abuelo Meco, dijo al hablar en el Congreso constitucional gallináceo, que en los desastres de las guerras de Cuba y Filipinas, todos, hasta el pueblo, habían puesto mano pecadora, que todos éramos responsables? Pues en el mismo sitio se ha levantado un General español, el actual Ministro de la Guerra, el General Luque, para decir que eso es mentira; que todos, menos el pueblo, son los responsables de aquella infamia, de aquella deshonra que ha borrado á España de la hita de naciones fuertes y ha desmentido oficialmente la legendaria bizarría de nuestros soldados.

¿Todos, menos el pueblo? ¿Quiénes son todos? Los políticos de entonces son los que turban en el Gobierno; los Generales de entonces son los que mandan; la Prensa de entonces es la que hoy prospera y se impone. ¿Y los políticos, y los Generales, y la Prensa de entonces, que según el General Luque son los responsables, consiente el pueblo que vivan? Buena es la paciencia cuando con ella se espera; pero si nada se espera ¿para qué es la paciencia?

Dió el pueblo pedazos de su corazón y parte de su vida, puesto que dió su sangre y su dinero; no escatimó el pueblo nada de cuanto se le pedía porque es por temperamento generoso, ciego por el honor de su Patria, y porque le hicieron creer esos políticos, y esos Generales, y esa Prensa, que con el nuevo y tremendo sacrificio que de él se reclamaba se aumentaría en una pagina más de oro la historia de sus proezas; y después, cuando su dinero se derrochó ó se guardó para empresas especiales, cuando la flor de la juventud mandada á la guerra se convirtió en hueso árido de cementerio, y volvió á España la bandera liada como trazo inutilizado, y algunos desventurados hijos de España convertidos en escualidos espectros de hambre, sin vida, sin esperanza y sin gloria, aún el hombre famélico de Lourizán se atreve á achacarle la derrota más vil y denigratoria que se ha visto en los siglos?

Dió España, el pueblo, su dinero para barcos, balas y cañones, y dió su sangre para la pelea; pero ni hubo ni hay barcos, ni cañones, ni balas, y la sangre murió en parte por falta de pan, y parte volvió á la nación anémica y sin haber luchado: Cuba y Filipinas se perdieron ó se extraviaron, que tan amigos del juego y de la diversión eran aquellos hombres....

Pero y bien; ¿qué resultados serán los que de sí podrá dar la declaración de Luque? ¡Ah! unos resultados portentosos. Luque forma parte del actual Ministerio, del cual es presidente el atolondrado Segismundo, Moret el de las «balas y no notas», y Moret se opone á que se averigüe formalmente quiénes fueron los responsables del desastre, «porque se trata de cosas pasadas». Si no hubieran pasado, ¿cómo pudiera ser nadie responsable? Y Luque, el Ministro de la Guerra, que sabe que ha dicho que los responsables fueron todos menos el pueblo, ¿por qué no defiende al pueblo, se une con el pueblo y huye de Moret y demás pandilla de responsables? Si todos son responsables, luego también lo es Moret. ¿Y tiene Luque valor para seguirle, apoyarle, formar Ministerio con él, abandonando al pueblo? ¿En qué lugar coloca su reputación el Sr. Luque? Mas no es él sólo, y mal de muchos consuelo de tontos. Vayase la tontería por el banco azul, que al fin á semejantes contrastados estamos acostumbrados.

Nougués y Soriano vienen dando vueltas en el Congreso á esa rueda de aspas que se prenden en fagines y en entorchados, y los hombres graves de las situaciones liberales y conservadoras, que se sucedieron durante los preliminares de la guerra, y en la guerra, se amostazan y revuelven airados contra los acusadores, dándose el caso irritante de que el tribunal nom-

brado por la nación para su custodia, se haya ahora trocado en humosa pastelería; nadie ha hecho nada, nadie ha visto nada, nadie es responsable de nada; y si entré todos la mataron menos el pueblo, como ha dicho Luque, ella sola se murió, como dijo el zancarrón de Meco, y con enterrarla es bastante.

Maura, el hombre del cepillo de hacer virtudes, ha envuelto entre ellas al Ministerio para evitar su caída, y por aquello de que conservador es Linares que tampoco es afecto á informaciones. Si las islas se perdieron, bien perdidas están, que para ensayo y entretenimiento de los Gobiernos que se usan en estos tiempos, sobra con insulas Baratarias: que no lo habian de hacer mejor que Sancho.

¿Y ese pueblo pagano de tantas vergüenzas, se deshace elogiando á esta turba de amables señores? El pueblo, que paga los platos rotos por ellos, ¿los aplaude, los considera, los vota, los entrega el Gobierno de sus destinos? ¡Pobre pueblo! ¡Pobre España! ¿Cómo no vamos al *blok*, á que invitaba há pocos días el genial Ortiz de Zarate? ¡Fuera miseria! ¡Fuera vergüenzas! Esta situación de quietismo de brazos es ya imperdonable.

«La autoridad y la libertad, son principios que se contradicen»?

Hemos escrito ya lo suficiente para convenecer á cualquier espíritu, no predispuesto, de que la autoridad, la potestad y el poder, son tres cosas distintas, aunque todas se refieran al mismo fin, que es el gobierno de los pueblos. Diga *La Idea* lo que quiera, la bala mortífera que atraviesa el pecho del enemigo, no es el ánima ni el mecanismo del cañón que la dispara, ni la intención del guerrillero que afina la puntería. Va en la bala la fuerza ciega, el poder de que se vale el soldado para imponer la causa que defiende, como va inicialmente en el ánima del cañón y en su mecanismo la determinación de la velocidad, de la dirección, puntería y manejo del arma, es decir, la regularización del medio de defensa, la regularización del poder de que se vale el soldado, la potestad del soldado ó sea del derecho que ostenta, y va en el soldado mismo la causa intencional, la representación del país, de la razón motiva de la lucha, la personificación de la bandera, la autoridad que legítimamente levanta el arma, la pone en manos del guerrero, justifica la agresión y repele la injuria, inutilizando con nubes de plomo los atrevimientos enemigos.

Si herir es necesario, herir es bueno; y porque la necesidad de herir puede ofrecerse en todos los momentos de la vida, bueno es también en todos los momentos tener preparada el arma y que no duerma el que la tiene. Esto es lo natural, lo que enseña el juicio; pero de ello á convertir en soldado al bandolero, que es lo que hace *La Idea*, media la distancia de haber escrito para el público, soltando prenda, y el trabajo que cuesta recogerla.

No, colega; el verdadero interés está en otra parte, si las discusiones de la Prensa han de aprovechar. Si quien maneja el fusil y lo dispara carece de representación legal, será cualquier cosa menos soldado, será faccioso, vandido, criminal, saoteador, cualquier cosa menos soldado. Y eso mismo ocurre con quien, entronizado contra ley, dispone de la potestad y del poder, que será tirano, usurpador, demagogo, pero nunca autoridad. ¿Qué importa, ni vale, el hecho brutal de la imposición injusta para investirse del derecho más grande y sagrado que, por delegación de Dios, según opinamos nosotros, ó por virtud propia, según opina *La Idea*, otorga la sociedad? Las violencias á la razón común jamás se justifican, y el robo de la autoridad, como el robo de una prenda, siempre es un robo que por nada puede constituirse en derecho. Esto es todo. Luego la autoridad, la potestad y el poder, son cosas distintas, y aun así deberían de hacerse, caso de que no lo fueran; por razones que están al alcance de todos.

Dado este paso, que es el primero en la discusión entablada, vamos á dar el segundo ocupándonos de la libertad.

Es evidente que *La Idea* no participa de la opinión de los estóicos, astrólogos, maniqueos, wiclefitas, calvinistas y luteranos, para quienes la libertad humana era ficción pura, título sin cosa, vocablo insustancial á que nada responde

en la naturaleza. Ni de la jansenista que atribuye al hado, al influjo sideral, a la concupiscencia ó delectación más viva y á la gracia eficiente divina, todas las operaciones de los hombres. Ni aun de la materialista de Gall, que hace depender las manifestaciones anímicas de la diversidad inevitable (?) de las configuraciones y protuberancias craneanas y de ciertos especiales órganos *inclinantes*, que ni él descubrió ni ha descubierto nadie en la masa del cerebro.

Y es evidente, porque todas esas opiniones reducen al hombre á máquina de forzosa pasividad, cuyo engranaje y desenvolvimiento no obedece á impulso alguno volitivo, psíquico, personal, consciente, responsable, libre en una palabra, sino extrínseco ó incapaz de establecer separaciones entre el irracional y el hombre que, en la cuestión que debatimos, ha de estar provisto de hábitos propios para asociarse por contratos bilaterales, espontáneos, reformables, y con las cuales sea seneible á las competencias de derecho, deduciendo por reflexión lo que debe ó se le debe. En esto *La Idea*, indudablemente, se halla de acuerdo con nosotros. Si no lo estuviera, esperamos que tenga á bien manifestarlo para seguir nuestro camino. En tanto, hacemos punto hasta el número próximo para exponer este punto con más detenimiento.

CAÑONAZOS

En el último número de la *Semana Católica* leemos lo siguiente:

«CAMPAÑA MORALIZADORA.—En Barcelona el Gobernador y el Fiscal continúan su campaña moralizadora con aplauso unánime de toda la ciudad.

La policía ha recogido días pasados, en un kiosco de la Rambla de las Flores, dos mil libros pornográficos.

La campaña continuará.

El Gobernador, convencido de que esa es una de las causas principales de la desmoralización de todas las clases sociales, y principalmente de los obreros, á quienes ese género de infame literatura se les da casi de balde, ha dado órdenes severísimas á los inspectores.

Estas campañas deben imitarse por todas las Autoridades, las cuales se harán acreedoras al aplauso de las personas honradas.»

El Sr. Gobernador de esta provincia, abundando en las mismas ideas que el de Barcelona, y celoso cumplidor de sus deberes... ¡oh cielos, asombráos! verán nuestros lectores lo que ha hecho:

EL PORVENIR, en todos los tonos y formas, le ha denunciado el escándalo inaudito de la Prensa pornográfica; le ha rogado le reprima, llamando para ello á las puertas de su corazón de cristiano y recordándole las prescripciones legales que para reprimirle debe hacer cumplir, y en vista de nuestras repetidas excitaciones, ha tomado la enérgica resolución de no hacer nada, dejando la ley incumplida en punto de tanta trascendencia.

¿Sr. Gobernador, es eso cumplir con los deberes que impone un cargo tan importante como el que V. S. desempeña?

Y no nos diga que no es exacto lo que afirmamos.

Los puestos de periódicos y escaparates de estancos y librerías responden de la exactitud de lo afirmado.

Pero el Sr. Gobernador es liberal manso y no querrá desmentir este título, ni menos escuchar la voz de un periódico carlista, que por ser tal, ha sido abandonado y dejado en el aislamiento en esta campaña.

Si de otra cosa se hubiera tratado, á caso hasta los mudos hubieran hablado.

Pero en fin, según el Sabio, *hay tiempo de reír y tiempo de llorar, tempus ridendi et tempus flendi.*

Esperemos.

El *Universo*, en su número del 6 de los corrientes y artículo *El suceso de mañana*, nos da entender que la intervención de España en el grande y consolador negocio de la conversión de la Princesa Ena no puede ser más conforme á las gloriosas tradiciones de nuestra Monarquía y Patria.

Y para probarlo añade: Felipe II quiso casarse con Isabel de Inglaterra, y con ella se hubiera casado á convertirse ella al catolicismo. Felipe IV quiso casar á su hija con el Príncipe de Gales, que fué luego Carlos I, y la hubiera casado á convertirse él al catolicismo. Nuestros Reyes más insignes, empezando por los más insignes de todos, D. Fernando y D.^a Isabel, han propendido á Inglaterra en sus alianzas matrimoniales, no pudiéndolas efectuar en los últimos doscientos cincuenta años por el único obstáculo de la religión.

Peró *Universo*, ¿en qué piensas?

Nos dices que los Reyes Católicos no pudieron efectuar las alianzas matrimoniales á que propendieron, y eso es completamente falso.

Dice la historia que los Reyes Católicos concedieron su muy querida hija D.^a Catalina al Rey Enrique VIII para unirle en santo y legítimo matrimonio con su hijo el Príncipe D. Arturo. Luego las alianzas á que propendieron se llevaron á efecto.

En aquel entonces el Príncipe, el Rey y el reino de Inglaterra, eran católicos verdaderos, unidos íntimamente con la Iglesia de Dios y su cabeza el Romano Pontífice; pues el hecho en cuestión tenía lugar el año 1500, siendo Pontífice Alejandro VI, celebrándose el enlace matrimonial el año siguiente 1501, y habiendo te-

nido lugar las velaciones el día 14 de Noviembre en la Iglesia de San Pablo de Londres. Luego no existían los obstáculos de religión que tú aduces para robustecer tu argumento, pues el cisma herético que escandalizó al mundo todo, no se verificó hasta el año 1533 en que Clemente VII pronunció justa, entera, definitiva é inapelable sentencia contraria al divorcio de Enrique VIII.

Sabes *Universo* que estás de historia á la altura de un zancanjo.

Lo mismo te pasa en todo; pero tu suerte te vale.

Acaso tengas cerca el día de tu expiación.

Te congratulas y llenas de júbilo porque el bloque de hielo de preocupaciones hereditarias, históricas, de dinastía, y que hufa sistemáticamente del calor de la verdad religiosa para no derretirse, principia á deshelarse, principia á romperse, con la conversión de la Princesa Ena, importantísimo asunto á que ha servido de causa ocasional el amor de Don Alfonso á dicha Princesa y su decisión y tacto para que haga adjuración pública de los errores en que había sido educada, celo y tacto que echas de menos en Felipe II y Felipe IV, los cuales no llevaron á efecto sus enlaces matrimoniales por causas de religión.

Dime, *Universo*, ¿qué no contrajo matrimonio Felipe II con D.^a María de Inglaterra para poner todo su peso en favor de la conversión de aquel reino, obra á que dieron feliz término el Papa Julio III, el Cardenal Reginaldo Polo, la Reina D.^a María y el mismo Rey Felipe?

¿Qué la pretensión de relaciones matrimoniales hecha por el Rey Felipe II á la Reina Isabel de Inglaterra no reconoció por causa la conversión de la misma y el deseo que las cosas de la Religión no cambiasen, confiando en la sinceridad de la conversión de Isabel que, al ser preguntada por su hermana en la hora de la muerte acerca de su religión, contestó: *rogando á Dios se abriese la tierra y la tragase, sino era verdadera católica romana*, y pretensiones que abandonó ante acontecimientos y decretos del Parlamento inglés aceptados por la cruel y liviana Isabel?

Y con respecto á Felipe IV, ¿no confesabas tú mismo, *Universo*, que quiso casar á su hija con el Príncipe de Gales, y la hubiera casado á convertirse él en catolicismo?

Ante esto contesta: ¿qué estos Reyes citados no han hecho algo más que D. Alfonso en pro del triunfo en Inglaterra de la Religión católica apostólica romana?

¿Qué su decisión y tacto era inferior á la del joven, á quien, por todos los medios que están á tu alcance, pretendes agradar?

Más te valiera estar duermes, querido *Universo*, y no desbarrar en la forma que lo llevas á cabo.

En ti no hay enmienda, siempre estarás al lado del turrón.

Mucho nos han agradado los granitos de sal del día 11. Sobre todo aquello que dices del amigo que manifestó al autor del drama que suprimiera dos actos; *porque del mal el menos.*

Pero por si esto pudiera ser tu deseo de cantar solapadamente una especie de *trágala*, á los que, como tú, no hemos opinado en la cuestión del mal menor, te manifestamos que habiendo hablado el Romano Pontífice, nada te contestaremos; porque recibimos sus soberanas enseñanzas con la mayor humildad y respetamos sus mandatos de la manera más completa; pero te advertimos que en el momento que vuelvas á deslizarle, mandaremos el número bajo sobre á donde corresponda, haciendo la reclamación que halla lugar ante tus atrevidas provocaciones.

RESTITUCIÓN

Los que abominan de la Religión católica y quisieran verla desterrada de la sociedad, sería bueno que reflexionaran sobre la influencia benéfica que ella ejerce en las conciencias, excitándolas sin cesar al exacto cumplimiento de los deberes que el hombre tiene para con los demás consocios.

No somos los hombres ángeles de rectitud invulnerable por naturaleza; ni el compromiso de la voluntad con los dictados del pensamiento está robustecido por algún lazo moderador permanente é indestructible; ni, en una palabra, carecemos de propensiones al mal y la libertad del corazón no se desvuelve sólo entre bienes reales, eligiendo de ellos, y sólo de ellos, el que más le plazca para que la Religión sea innecesaria; antes ocurre todo lo contrario, y es imposible, moralmente hablando, contenerse en los estrechos límites de las costumbres sanas, sin que frecuentemente se orée el alma con las inspiraciones del cielo.

Caer el hombre de mil maneras; ve lo mejor, pero no lo sigue aunque lo apruebe; es de experiencia que rompe el cetro de caña que le dejó la culpa primera para oprobio del reino que recibió y perdió en un momento de presunción veleidoso, y si es seguro que, por sí, está desnudo de virtud para no caer, lo es aún más que, caído, no puede por sí mismo levantarse.

¿Quién sino la Religión le ayuda á ser honrado ó á reparar las consecuencias de sus errores? Véase un caso que confirma todo esto y algo más que luego diremos. Se trata de una restitución obtenida por medio del Sacramento de la Penitencia. El celoso é ilustrado Sacerdote

D. Fernando Martín de S. Pablo, Capellán de las Religiosas de Ajofrin, ha escrito á D. Segundo de Lucas, acreditado comerciante de esta capital, una carta en que con la circunstancia conveniente le manifiesta que obran en su poder, y á disposición del Sr. de Lucas, mil quinientos reales que ha recibido de un penitente por vía de restitución.

El hecho en sí parece que nada tiene de extraordinario, pero ¿en qué religión y en qué escuela natural recibe el hombre tales enseñanzas? Ciertamente que grabó Dios en el corazón las ideas primordiales del bien, los preceptos de la naturaleza; pero la naturaleza, el corazón está herido, herido de aficiones insanas que le apartan del buen camino. Sabe el hombre que no debe hacer daño á tercero, sabe que debe remediar el mal que ha hecho; pero privado del temor al juicio de Dios, ¿quién le conduce á las estrecheces del deber, y quién le estimula á vencerse en las tentaciones ó á dar de mano la pasividad en que le colocan las caídas? De los dominados por honradez natural al servicio del bien del prójimo, sin influencias de fuera, ya de educación, ya del ejemplo, ya de algún interés, ya inmediatamente de la gracia, ¿cuántos son los casos? No los conocemos.

Otra consideración nos sugiere este hecho, y es que, por ministerio de hombres, crea Dios satisfacciones que aventajan á todo lo humano. Medianero el Sacerdote entre Dios y los hombres, para satisfacer á la justicia divina, por reconocimientos de la humana flaqueza, conducente el celo apostólico y el amor á las almas á recoger entre espinas la mies copiosa que la gracia santificante crea entre ellas, formando hacedillos de santidad que ofrecer como holocausto en el altar propiciatorio. El robo lastima gran número de intereses morales además de los de la materia. Por él, no sólo se mancha la conciencia del que se apoderó del ajeno contra la voluntad de su dueño, sino que se pone á éste en el disparadero de la ira contra el ladrón, y es raro que no se desate en impropiedades contra él y, aun lo que es peor, contra la providencia, que en sus altos fines consintió la perpetración del delito.

Mas dada la mediación sacerdotal, imponiendo con la mansedumbre y entereza evangélicas la obligación de las restituciones, hechas éstas, consiguense tres alegrías simultáneas intensas, cuya influencia sucesiva sólo Dios conoce. El Sacerdote ve por experimento la eficacia de su misión redentora; el penitente se alivia del peso atormentador del remordimiento; el dueño, á quien se restituye lo robado, entra en mil reflexiones que le arrancan la compasión para el pecador y un juicio recto sobre la Providencia. Los tres corazones que tomaron parte en el proceso penitencial ó en sus consecuencias se levantan sobre las ruindades de la tierra para admirar cómo Dios posee los secretos, resortes de la vida humana, y halla medios en su voluntad para trocar en vasos de elección y de pureza el débil barro que nos compone.

La enhorabuena al Sr. Martín de S. Pablo, al Sr. de Lucas y al penitente que ha salvado su conciencia.

LA CUESTIÓN RELIGIOSA EN FRANCIA

UN EPISODIO

El corresponsal en París de uno de los grandes rotativos madrileños (y con esto queda dicho cuanto valor tiene un tal testimonio) escribe al periódico á que aludimos el siguiente relato de los más interesantes episodios de la cuestión religiosa en la capital de Francia, que bien merece ser recogido en nuestras páginas. Dice así:

«NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS.—Nuestra Señora de las Victorias es para París lo que para Madrid la Virgen de la Paloma.

Hay una diferencia notable. La devoción se exterioriza más espléndidamente en el Templo de la capital de Francia que en la Iglesia de Madrid.

El espectáculo que ofrece á diario Notre Dame des Victoires es interesante. Delante del altar en donde se venera la soberbia imagen en mármol, aparecen encendidas á todas horas centenares de velas. Al entrar en la Iglesia sorprende el potente resplandor producido por enorme número de luces. Y eso sucede siempre, todas las semanas del año, de día y de noche.

«A los lados del altar hay amplias escalinatas de piedra sobre las que se encuentran en ordenadas filas inmensos candelabros. Los fieles mismos colocan en ellos las velas, ya encendidas, que ofrecen á la Virgen varias mujeres...—las clásicas mujeres de las Iglesias de París, con su aire seráfico, sus correctos trajes negros, sus manos enguantadas y sus tocas blancas—vigilan la iluminación, ordenan las velas cuando aparecen desordenadas y recogen los cabos de las que ya ardieron.

«En el propio Templo se hallan dos ó tres casillas, á manera de confesionarios, en donde se venden velas de todas formas y tamaños para el alumbrado de la Virgen.

«El inventario en Nuestra Señora de las Victorias era un problema delicado.

«Los católicos parisienses habían de ver, en tal Iglesia, con más disgusto que en ninguna otra, ese trámite administrativo.

«Nuestra Señora de las Victorias hallase siempre llena de fieles. Allí van por la tarde á orar, después del paseo del Bois, entre la hora

del té y la hora de la comida, muchas damas aristocráticas, y todos los votos y todas las promesas suelen traducirse en ofrendas para la Virgen milagrosa.

«Corrió la voz por París de que los agentes de la Autoridad irían á practicar el inventario, como han ido á otras Iglesias, en las primeras horas de la mañana, al amanecer mismo, y los fieles quisieron madrugar más, pasando la noche en vela. Durante tres noches seguidas han permanecido de guardia, orando en las amplias naves del interesante Templo, varios centenares de católicos.

«Allí los encontró la autoridad cuando fué á practicar el inventario.

«Los ecos sonoros del *Parce Domine* corearon el dialogo entre el párroco y el comisario de la Administración pública.

«Yo os invito—gritó el último—á que abráis la puerta de la Iglesia al representante de la ley.

«Por toda respuesta los fieles entonaron el cántico: *¡Nous voulons Dieu!*

«Realmente, en estas luchas religiosas, Nuestra Señora de las Victorias es un símbolo. Es la Iglesia levantada en el siglo XVII para conmemorar uno de los grandes triunfos del Cardenal Richelieu, uno de los grandes fracasos de los protestantes, la famosa toma de la Rochelle, aquella fortaleza inexpugnable, cuna del calvinismo, en donde los hugonotes llegaron á constituir una República independiente.

«En los días de la Revolución el célebre Templo convirtiéndose en Bolsa. Su artístico coro hizo veces de *parquet*, y bajo sus hermosas bóvedas el eco repitió millones de veces los gritos destemplados de los negociantes implacables.

«Nuestra Señora de las Victorias encuéntrase en pleno barrio mercantil; muy cerca de la Bolsa y rodeada de infinita serie de casas de Banca y de casas de comercio. Es una nota espiritual en medio de un mundo materialista.

«Muchos de los que sostuvieron la cruenta batalla de Santa Clotilde han acudido á la nueva contienda, y entre los que pasan las noches en claro, velando en el Templo, encuéntranse personalidades ilustres: el Príncipe Borbón de Parma, el Duque Cossé-Brissac, el Conde de Mun, el General Recamier, el Almirante Mathieu y los dos hijos del viejo Cassagnac.

«Presenciando esos hechos hallábase, junto á la Imagen de la Virgen Sagrada, mil reliquias históricas; allí están los trofeos, las cruces, los recuerdos sublimes de las guerras francesas más famosas de los tres últimos siglos. A depositar esas ofrendas en ese lugar santo fueron siempre los militares en los días rientes del triunfo y en las horas amargas de la derrota.

«Allí están Austerlitz y Waterloo!

Eny Blas.

MÁS EPISODIOS

Inventarios.—Continúan los inventarios de las Iglesias de Francia llevándose á cabo con atropellos á los católicos. En Ajaccio, el delegado del Gobierno ha prendido á unos seminaristas que protestaron contra la incautación del Seminario.

A los emisarios oficiosos que, discreta y recatadamente, ha enviado Rouvier al Cardenal Arzobispo de París para que calme los ánimos, ha respondido el venerable purpurado:

«Los Párrocos que han leído, con serenidad y mansedumbre, las protestas dictadas por mí, han cumplido con su deber no apartándose de la dulzura que yo les aconsejaba: los señores que han traducido su indignación en la forma que les pareció más oportuna, han cumplido igualmente con el suyo. ¡Loado sea Dios por haber inspirado á cada cual lo que las circunstancias exigían. Yo á todos los bendigo.»

Y Rouvier se ha quedado sin el *baculazo* Arzobispal y Cardenalicio con qué contaba para refrenar el ardor de los laicos.

«¡Honor á nuestros hermanos de la capital! dice el Sr. Obispo de Quimper en su *Semana religiosa*. A ellos ha correspondido la gloria de cortar los primeros laureles de la persecución y regarlos con su sangre. En nuestra Bretaña reina la calma que precede á las grandes tempestades, y en ella no ha habido hasta ahora más que *tentativas* ó *simulacros* de inventarios, pero si se quiere ir mas adelante, la fe bretona estallará súbitamente y nada podrá contrarrestar ni vencer su vengador empuje.»

Lo que se proponen.—En una entrevista que tuvo hace tiempo con uno de los jefes de la Unión republicana francesa un redactor del *Journal de Genève*, le dijo aquél á éste respecto á las leyes contra las Asociaciones religiosas, entre otras cosas las siguientes:

«Consideradas á distancia, todas esas discusiones parlamentarias y esos proyectos de ley, os parecerán una mezcla confusa de manifestaciones espontáneas y arbitrarias; pero en el fondo de todo ello existe una idea dominante, un plan preconcebido y metódico, que se va ejecutando más ó menos ordenadamente, pero con una lógica invencible. Lo que hacemos es situar en toda regla al catolicismo romano; sabemos donde están sus fuerzas vivas y á ellas dirigimos nuestros ataques.»

Los tiempos no están para fiestas.—Los alumnos de la Escuela de Sacris Sigisberto, de Nancy, acostumbraban á obsequiar á los ancianos del Asilo de las Hermanitas de los Pobres

con una velada recreativa y una merienda extraordinaria, que debían tener lugar el 18 del mes pasado; pero al oír la lectura de la carta pastoral del Obispo de la diócesis, que prescribe se haga una colecta para el Clero, uno de los ancianos del Asilo dijo en alta voz:

«Lo que debemos hacer es rogar á esos señores que remitan al Sr. Obispo el importe de lo que se habrían de gastar en la velada con que pensaban obsequiarnos; que los tiempos no están para fiestas!»

Dicha proposición fué aceptada por unanimidad por todos los ancianos, que se consideraban dichosos de hacer aquel sacrificio en defensa de su fe.

Un soldado que llora.—En Montpellier, como en otros puntos de Francia fué preciso recurrir á la tropa para forzar las puertas de las Iglesias á fin de hacer el inventario.

Uno de los soldados que desempeñaban tan ingrata tarea, dijo á uno de sus compañeros:

—¡Ah! ¡Si mi pobre madre estuviese aquí! Y sus ojos se llenaron de lágrimas, cuando con tanto valor hubiera combatido a pecho descubierto contra el enemigo en el campo de batalla; pero sus fuerzas faltaron ante el triste espectáculo en que se veía obligado a tomar parte.

Efectos de la persecución.—Un obrero parisiense, que se había mezclado entre los fieles que se hallaban en una Iglesia cuando entró la policía, dijo á la persona que estaba á su lado que era la primera vez en veinte años que ponía los pies en una Iglesia.

—Entonces será para tomar parte en el alboroto por lo que estaréis aquí.

—No,—replicó,—pero mi pobre madre frecuenta esta Iglesia, y quiero que pueda orar en ella con toda libertad.

Una madre enérgica.—Al hacerse el inventario en la Iglesia de San Afrodísio, en Beziers, acompañaba al agente del Gobierno, M. Saplayrolles, adjunto del Alcalde.

De pronto se levantó una señora anciana que rezaba de rodillas, y en quien todos los fieles reconocieron a la madre de M. Saplayrolles, la cual, poniéndose delante de su hijo, exclamó dirigiéndose a él:

—¡Este no es tu sitio!

Ante el enérgico apóstrofe de su madre, el hijo, sin replicar, salió del Templo, dejando solo al agente del fisco que cumpliera su odioso cometido.

Resistencia.—En Chaneac, los vecinos, armados de hachas y estacas y algunos con escopetas, se opusieron a que el inspector de los registros entrase en la población.

Ocurrió un choque con la fuerza, resultando el sargento de la gendarmería con un brazo roto de un estacazo.

Privas.—En Borle, el subinspector de los registros y la fuerza á sus órdenes, fueron perseguidos á pedradas por gran número de animosos jóvenes de la población.

Resultaron heridos dos gendarmes.

Actitud digna.—Grenoble.—A la terminación de las Vísperas, el Sr. Obispo ante todo el Clero de la ciudad y de cerca de 3.000 fieles, ha dado lectura en la Catedral á la Encíclica del Papa y ha declarado que es necesario defender la fe, cueste lo que cueste.

El pueblo acogió estas palabras de su Pastor con entusiastas aplausos.

Protestas.—Ajaccio.—Las Vicarías Capitulares publican una circular rechazando la ley de separación.

Nancy.—Por orden de Monseñor Turinaz, Arzobispo de esta ciudad, no se han celebrado los Oficios en la Catedral.

Las puertas han permanecido cerradas y sobre ellas se ha fijado el aviso siguiente:

«Han sido suprimidos los Oficios hasta nueva orden».

Esta decisión del Arzobispo es muy comentada.

Créese que ha sido adoptada para evitar que se haga por sorpresa el inventario en la Catedral, pues los esbirros aprovechan todos los medios para depurar su odioso papel.

Por los mártires de nuestra tradición.

Como anunciamos en nuestro número anterior, el lunes celebróse en la Iglesia de PP. Carmelitas de esta imperial ciudad un solemnisimo funeral en sufragio de las almas de los mártires de nuestra salvadora tradición.

Pintar toda la hermosura del acto; describir la belleza sin igual que presentaba el templo, completamente lleno de leales carlistas que, sin otra mira que el amor á la causa y á sus hermanos sacrificados por ella, se reúnen en verdadera fraternidad, confundiendo la aristocrática levita con la honrada blusa del obrero, para rogar por sus mártires; por aquellos héroes muertos por la causa más noble, más digna y más santa; hacer una pintura exacta de esos momentos sublimes en que el Sacerdote levanta en sus manos el sagrado cuerpo de Cristo Señor Nuestro, y un pueblo carlista jamás vencido, pero siempre sumiso ante Dios, se prosterna é inclina su frente hasta tocar el polvo, pidiendo perdón para todos, para sus hermanos, para ellos, para sus enemigos...; pintar esos instantes solemnes, asunto es que sólo acometer puede pluma acostumbrada á grandes empresas.

Yo no sé; yo no podría formar una relación de esos momentos tan hermosos en que el corazón se llena de amor y de entusiasmos sin límites; si lo intentase, mi pluma se detendría por

no poder á un tiempo escribir todas las palabras que en confuso tropel á mi mente acuden.

Quando el corazón rebosa sentimientos tan hondos y tan íntimos, es preciso gozar de ellos á solas con la imaginación.

Si el pueblo carlista, ese pueblo legendario á quien nunca podrá extinguir todos los poderes satánicos, porque es un pueblo protegido por Dios, estaba el lunes reunido orando por sus difuntos hermanos.

El pueblo carlista, cuando se reúne, es así: ó para orar ó para lanzarse á la lucha con el arrojo del que defiende una idea santa y justa.

¿Tardará mucho en suceder? ¿Quién sabe! Todos estamos dispuestos.

Aristarco.

Devoción al milagroso Niño Jesús de Praga.

(Tercera edición).

Es verdaderamente para alabar á Dios Nuestro Señor lo que sucede en el particular.

Con ese título, y con el fin de dar á conocer lo más posible en Toledo la devoción al milagroso Niño Jesús de Praga, publicó, poco tiempo ha, el inolvidable P. Luis Felipe de Jesús (q. s. g. b.), Carmelita Descalzo de la Comunidad existente en la ciudad de los Concilios, y ferviente devoto del Divino Niño en esa advocación un reducidísimo opusculito, é instantáneamente se agotó la edición, produciendo resultados admirables que inflamaron el celo del P. Buenaventura de la Asunción, Conventual de la misma Comunidad, por la honra y gloria del milagroso Niño Jesús de Praga, del que también es fervoroso devoto, en términos que le impulsaron á dar á luz una segunda edición del opusculito primero, pero elevándolo a la categoría de devocionario especial y completo del divino Infante, con el doble fin de universalizar la propaganda de la devoción al Rey Niño celestial, y de suministrar prácticas piadosas con que satisfacerla.

Respondiendo á ese doble fin, el devocionario tenía dos partes: una de propaganda, otra de piedad. En la primera expone el P. Buenaventura el providencial origen de la devoción al milagroso Niño Jesús de Praga, su objeto principal, su rápida y prodigiosa propagación, su elevación al rango de Archicofradía, las innumerables indulgencias pontificias plenarias y parciales de que se halla enriquecida, y las bendiciones con que en Europa, en las Américas, en la India, en la China, en todas partes á donde llega la acción religiosa de los Carmelitas Descalzos es recibida; completándose estas interesantes noticias con la publicación íntegra de los estatutos de la Archicofradía, donde se consiguran las condiciones para ingresar en ella, la organización y régimen de la misma, las festividades principales y las preees con que principian y terminan sus juntas.

Excelente labor fué la del P. Buenaventura en esta parte de su libro.

No lo fué menos la de la otra parte.

Fórmula bellísima de consagración al milagroso Niño Jesús de Praga, Visita diaria muy tierna, Novena devotísima, Triduo ferviente, Rosario ó Corona, conmemorando los doce principales Misterios de la infancia del Divino Niño y pidiéndole las gracias correspondientes; todo, en fin, cuanto pueda apetecer la mas exigente devoción en materia de prácticas piadosas, se encontraba en esta parte del repetido devocionario.

El cual cuanto tanto, tuvo tal aceptación, que á luego de aparecer, se agotó su numerosa tirada, quedando además muchos pedidos sin haberse podido atender; lo que ha estimulado el celo del P. Buenaventura á publicar de su obra una nueva y más numerosa y también más mejorada edición en la parte material y en lo demás.

El devocionario de esta tercera edición consta de 86 páginas en 8.º, de forma elegante, con un fotograbado en su cubierta de la imagen del milagroso Niño Jesús de Praga que se venera en el altar que en la Iglesia conventual de los Padres Carmelitas de esta ciudad le está consagrada.

Quando á lo demás, el nuevo devocionario ha sido adicionado con una hermosísima introducción del propio P. Buenaventura; con ejemplos de curaciones notables para todos los días de la Novena, bajo la conveniente protesta de atenderse respecto de ellas á lo dispuesto por Su Santidad el Papa Urbano VIII; con el obsequio que los devotos del Divino Niño deben tributarle cada día del Triduo y de la Novena; con Gozos para el Triduo; con una selecta oración para la visita, y con las fórmulas para la bendición de niños y niñas, para la de las coronas ó pequeños rosarios del milagroso Niño Jesús de Praga, y para la de sus imágenes.

No obstante tales mejoras, el devocionario de la tercera edición se expende al ínfimo precio de 30 céntimos de peseta el ejemplar suelto, 3 pesetas la docena y 22,50 pesetas el 100, siendo los principales puntos de venta los siguientes:

Toledo.—Convento de los Carmelitas Descalzos; imprenta y librería de la Viuda é Hijos de Pelaez, Comercio, 55, y oficinas del periódico EL PORVENIR.

Madrid.—Librería de Gregorio del Amo, calle de la Paz, núm. 6.

Burgos.—Revista del Monte Carmelo, convento de Carmelitas Descalzos.

Barcelona.—Administración del Mensajero de Praga; Caxpe, 37.

No dudamos que el éxito de la nueva edición superará al de la segunda, y por eso omitimos toda recomendación, limitándonos á felicitar al P. Buenaventura por sus trabajos en pro de la honra y gloria del milagroso Niño Jesús de Praga y á la insigne Religión de María del Carmen, nuestra amantísima Madre, por tener en la devoción al Divino Niño en esa advocación y en el Santo Escapulario dos elementos eficacísimos para la santificación y salvación de las almas y consiguientemente para la mayor gloria de Dios Nuestro Señor.

El Doctoral.

Toledo Febrero 1906.

SEXTO DOMINGO DE SAN JOSÉ

Con la solemnidad y devoción de siempre se ha verificado, el día 11, en la Iglesia de Padres Carmelitas, la fiesta del sexto domingo de San José.

El Templo, completamente lleno de fieles, presentaba un aspecto conmovedor.

La Sagrada Catedral ocupó el R. P. Simón de la Cruz, el cual, con la elocuencia y gaiano estilo que le son propios, pronunció un hermosísimo sermón.

Gracias á Dios, la Religión católica, salvadora y benditísima, cada día se extiende más, sin embargo de la guerra que todos los errores juntos, y más que nadie el maldito liberalismo, le hacen; pero no es posible que la herejía triunfe, y la verdad tiene siempre que vencer, deshaciendo las tinieblas con que la mentira quiere envolver al mundo.

F. Queznav.

Cosas que pasan.

Había llegado el momento triste, la hora de la verdad.

La ciencia, confesándose vencida, dejaba el puesto á la religión.

Señores,—había dicho el médico al despedirse de la familia,—el enfermo sólo tiene horas de vida. Mi presencia es ya inútil; la de un sacerdote es necesaria.

—Pero doctor,—preguntó la doliente esposa,—¿No hay remedio? ¿No hay esperanza?

—Ninguna, por desgracia. El enfermo no verá el sol de mañana.

Y ante estas palabras terminantes, la familia, reunida en el despacho de la casa, deliberaba.

Tratabase de hacer conocer al que iba a morir la gravedad de su estado. Había que decirle que se confesara, y el asunto era tan espinoso y tan duro, que nadie se atrevía. Este es un caso que se presenta más de lo que se cree.

—Yo,—dijo la esposa—no me determino. ¡Pobre Luis! En su situación sería matarlo.

—Ni yo tampoco,—añadió el padre con voz ahogada.—Si al menos él lo pidiera, vamos! Pero decir á un hombre, que no sospecha nada, que el Vaticano va á venir, es asesinarlo. ¡Yo no lo hago!

—Sin embargo,—exclamó la madre desolada,—vendrá el Padre Vicente. Puede que viéndole... indirectamente se pudiera....

—¡Bueno!—interrumpió la esposa—que venga, pero ni una palabra imprudente. Sólo así consentiré que le vea.

—Es verdad,—dijeron á una voz los demás.—Está enfermo del corazón y con ese espectáculo de seguro se le adelanta la muerte. No queremos cargos de conciencia.

Quando llegó el P. Vicente, una ojeda le bastó para comprender que el enfermo se moría por momentos.

Aleccionado sobre su papel en aquella escena de cariñoso engaño, sabiendo que á la menor indiscreción le arrojarían de allí inmediatamente, limitóse á esperar que alguna circunstancia favorable le permitiese ejercer su santo Ministerio.

Todo inútil. Estaban ciegos. Aquello parecía la representación de un teatro. Todo menos el lecho de agonía de un moribundo.

La esposa, buena y amante, cuanto irreflexiva y poco piadosa, entendía sus deberes quitando aprensiones al enfermo que iba á cruzar los umbrales de la muerte.

Quando éste preguntó:—¿Qué ha dicho el médico?

—Lo de siempre,—contestó sonriendo, bajo la capa de polvos de arroz con que momentos antes borrara el rastro de sus lágrimas,—¡que eres un aprensivo!

—Si,—dijo el enfermo,—parece que hoy me siento mejor.

—Lo ves,—apoyó el padre, que secretamente pensaba en un error del médico—si es lo que yo digo... con paciencia y teniendo ánimos....

—Con todo,—intentó decir el sacerdote—sería bueno aprovechar esos instantes de calma....

—¡Padre!—interrumpió con violencia la hermana del agonizante, adviniendo la intención del ministro del Señor—me parece que fuera le llaman á usted.

Ante tan delicada invitación, llamó el religioso, que al salir de la estancia llevó á los ojos el dorso de su mano para enjugar las lágrimas, mientras una ardiente plegaria salía de sus labios temblorosos para subir al trono del Altísimo.

Poco después, todos salieron de la alcoba, dejando al enfermo en uno de esos periodos de tranquilidad que preceden á la muerte.

—Ya lo ve usted, P. Vicente,—dijo el padre, queriendo excusarse.—No sospecha nada y es imposible decirle....

—¡Bien!—contestó el religioso.—Ustedes obrarán como les dicte su conciencia. Yo, si me lo permiten, permaneceré aquí, por si hubiera una circunstancia favorable. Me entretendré distrayendo á los niños para que no molesten ni metan ruido.

—Eso es, P. Vicente, y muchísimas gracias,—continuó la esposa.

El sacerdote, sin replicar, elevó los ojos al Cielo como pidiendo una idea y se sentó en medio de un coro de niños de la familia, empujando á contarles una historietita.

Las personas mayores, transidas de dolor, fijo el pensamiento en lo que iba á suceder, escuchaban distraídamente.

—Pues, señor,—empezó diciendo el P. Vicente—érase un hombre muy rico que casó á su hija única con un joven bueno, generoso y honrado.

Todo era dicha y felicidad en aquel hogar tranquilo, hasta que un día llegó la noticia infausta de que el Rey disponía, para una misión delicada y secreta en remotos países, del hijo y esposo adorado, que sin excusa habría de partir en plazo determinado para cumplir su cometido.

Mucho lamentaron, tanto el padre como la hija, la desgracia por sí mismos, ya que les hería en las fibras más delicadas del alma; pero más, si cabe, lo sintieron todavía por el pobre joven que, ignorante de su desdicha, veía transcurrir los días placidos y dichosos no sospechando lo poco que le restaba de felicidad.

Ni uno ni otra, se atrevieron á destrozar su corazón con aquella noticia. «¡Siempre habrá tiempo de que lo sepa!—exclamaba.—¿Para qué hacerle sufrir?»

Y transcurrían las horas del plazo maldito, disimulando su pena, calladas, sin hacer preparativo alguno, ni disponer nada para aquel viaje inevitable y fatídico.

—¡Claro!—dijo uno de los niños.—No quisieron alarmarle.... ¿Cómo no tenía remedio!

—¡Verás, hijo mío, verás! sigue oyendo—continuó el sacerdote con cariñosa entonación.—Pues iba diciendo que ocurrió, lo natural, y fué que cierto día, cuando el plazo concluyó, presentáronse los enviados del Rey y sin más aviso, sin consentirle despedidas ni preparativos de ninguna clase, le obligaron á ponerse en marcha.

Aquello fué horrible. Ni equipaje, ni recomendaciones, ni siquiera dinero. ¡Nada!

Les sorprendieron entretenido en arreglar una huerta de su casa, y tuvo que irse como estaba, por cierto en bien mala situación, deteriorado el traje, roto el calzado, sin abrigo y con tantas manchas que más que caballero adinerado parecía pordiosero hambriento.

—¡Pobrecillo!—dijo otro de los niños.

Atónito quedó nuestro hombre, viendo en el apuro que le ponía la falsa compasión de su padre y de su esposa. No podía explicarse tal conducta. Sin la increíble ceguera de los seres que tanto le amaban, el viaje, aun sintiendo la pena de la separación, hubiera podido tolerarse, ¡pero así!....

—Verdaderamente exageraron el efecto—dijo la hermana, que sin darse cuenta había seguido la narración.

—Hay muchos así, señora—contestó con dulzura el sacerdote.

—Parece que sigue mejor—dijo entonces el padre, volviéndose de puntillas después de mirar al enfermo, que aletargado no se movía.

—¿Les parece á Uds. que entre otra vez, como á visitarle...? El tiempo pasa.... no hay que olvidar lo que ha dicho el médico, y pudiera....

—Yo, por mí, no me atrevo.... su padre que hable....

—Yo tampoco, hija mía.... no me perdonaría nunca....

—¡Es que está en peligro de muerte!—dijo la madre conteniendo el llanto.

—Pues bien—concluyó la esposa—esperaremos á la noche y obraremos según se vea.

—Siga Ud., P. Vicente, siga Ud.—excámaron los niños.—¿Y qué le pasó en el viaje á aquel caballero?

—¡Hijos míos! Aquel viaje fué, como no podía menos, un desastre espantoso. Aquel hombre, rico y acostumbrado al lujo, pasó hambre horrible, teniendo que comer el pan de la caridad y á veces hasta las inmundicias y desechos de la calle. El desgraciado no era dueño ni de una moneda, viajaba por países donde no conocía el idioma ni las costumbres, y además, la brillante educación que recibiera, no le servía para nada. En aquellas tierras querían otras cosas, y él ni las tenía ni las sabía.

—¡Qué imprudencia ponerse así en camino!

—No fué suya la imprudencia, sino de su familia—dijo el P. Vicente, mirando con severidad á su alrededor,—y más lo juzgaréis así cuando os diga, que padeció lo indecible, que el frío heló sus huesos sin que tuviera una mala manta para resguardarse. ¡Ah! ¡Cuánto envidiaba entonces á los caballos de sus cuadras! Al menos tenían paja que les abrigaba, mientras él dormía al raso, vivía de limosna, le acosaba el hambre y ni siquiera podía soñar en dar cumplimiento, como súbdito leal, á la misión que su Rey le confiara.

Llegó á dudar del cariño de los suyos que en tal extremo le habían puesto, y al fin vino á caer enfermo y desvalido en poder de unos sal-

vajes que, para martirizarlo, enterraronle con la cabeza fuera para que los buitres lo devorasen. Así murió aquel hombre víctima del insensato cariño de una familia á quien maldijo en su última hora.

—¡Ay, Padre! ¡Qué horror! ¿Para qué cuenta Ud. á los niños esas cosas tan tristes?—dijo una de las señoras.

—Para que aprendan—replicó el sacerdote,—á no tener nunca esas caridades mal entendidas, que son la condenación del que las recibe.

La esposa del enfermo que había ido á escuchar á la puerta de la alcoba, volvió en esto pálida y demudada. No podía hablar y todos comprendieron que sucedía algo grave, algún ataque, sin duda. Fueron corriendo, quedaron aterrados. El enfermo arañaba las sábanas con furor, le bailaban los ojos en las órbitas y manifiestamente se ahogaba.

Habláronle, trataron de calmarle. Todo inútil. La muerte había llegado rápida, fulminante y apenas dió tiempo al sacerdote para recitar la oración de los agonizantes.

¡Dios mío! ¡Otro que emprende el gran viaje sin preparativo alguno!

¡Qué satisfecas estarán algunas personas con su prudencia, mientras los enfermos mueren sin confesión!

Angel Mora de Galdo.

RETAZOS

«Aquel a quien el mismo Jesucristo ha constituido divinamente por su Vicario en la tierra, á fin de mantener la pureza de su celestial doctrina, apacentar sus corderos y sus ovejas, y confirmarlos en la fe, ¿podría, sin grave detrimento de su conciencia, sin convertirse en piedra de escándalo universal, formar alianza con esta civilización moderna, origen de tan deplorables males, de tan detestables opiniones, de tantos errores y principios absolutamente contrarios á la Religión católica y su doctrina?»

(Alocución de Pío IX en el Consistorio secreto de 18 de Marzo de 1861.)

Fragmento.

«... Si mis labios ofenden tu pudor, hieren tu oído, no me culpes á mí, culpa á tus sabios, que del error apóstoles han sido. Imagináis quizá que entre los muros de los liceos, aulas y academias, mueren como un rumor vuestros impuros alardes, vuestras cínicas blasfemias? El Verbo humano, como el sol, inunda de luz hasta los antros más oscuros, y en el fango los gérmenes fecunda. Las alas de la voz toma la idea; halla el espacio á su altivez estrecho, y encarna, alienta, se transforma en hecho al surgir del cerebro que la crea. Y yo, que sólo para odiaros vivo, soy el hecho feroz y vengativo, brutal engendro de la ciencia atea.»

Núñez de Arce.

LÓGICA DEL ANARQUISMO.

¡Chin, chin, chin! Hablando *El País* del himno nacional, dice que «sobre la Marcha Real está el Himno de Riego, obra de un español, que representa las luchas por la libertad, el triunfo de las ideas, la guerra contra el carlismo, etc.»

Nosotros sólo diremos que tenemos vehementes deseos de que todas las charangas militares y civiles suelten el chorro de notas del himno del motín, porque así bailaremos todos. ¡Que lo toquen!

«Volved, no temo decirlo, volved, bienaventurados tiempos de las persecuciones. La paz prolongada afemina las almas. ¡Oh paz, oh larga paz, cuán amarga eres, tú que tanto tiempo nos hiciste suspirar por tus dulzuras! Tú, más que los tiranos, siembras de ruinas la Iglesia; tú nos cuestras tantos relajamientos como escándalos. La persecución quebranta á los débiles, es cierto, pero poco importa: en cambio aviva la fe y permite conocer al Señor quienes son verdaderamente suyos. La tempestad barre la paja y deja el grano.»

¿Quién se expresa así? El tonitrante Bossuet? ¿El apocalíptico José de Maistre? Nada de eso, el manso, el pacífico, el tierno Fenelón, que hablaba con perfecto conocimiento de causa, pues escribía esas palabras en plena paz religiosa, bajo Luis XIV, cuyos consejeros regalistas aparentaban el mayor amor á la Iglesia y pretendían sostenerla como la cuerda sostiene al ahorcado, estrangulándola.

El célebre Arzobispo de Cambrai y preceptor del Duque de Borgoña, tan lejos había llevado el amor á la paz, que fué quietista y, como tal, condenado por la Santa Sede, á cuyo fallo se sometió con edificante obediencia y filial acatamiento; pero era hombre de gran ingenio y sólida ciencia, como lo prueba la precedente imprecación, que parece dictada para los tiempos presentes.

Si queremos que recobre la Iglesia su autoridad, la verdad su imperio, la moral su energía, la familia y la sociedad su fe, hay que romper con el mal, deshacer las pactos hechos con el error y la mentira, y abrazar la verdad sola, á despecho del siglo.

P. Ramiere S. J.

Por lo mismo no hay crimen, ni hay pecado, ni hay siquiera falta venial (y mucho menos herejía, cisma ó cualquiera otra majadería) en ciertas resistencias. Son resistencias que la Iglesia autoriza y que por lo tanto nadie puede condenar. Eso sin prejuizar si tales resistencias son algunas veces, no sólo lícitas, si que recomendables; y no sólo recomendables, si que obligatorias en conciencia. Como sería, si de buena ó mala fe, con rectas ó no rectas intenciones, se pretendiese llevar á un súbdito á que suscribiese fórmulas, ó adoptase actitudes, ó aceptase connivencias abiertamente favorables al error, y deseadas y urdidas y aplaudidas por los enemigos de Jesucristo. En tal caso el deber del buen católico es la resistencia á todo trance, y antes morir que condescender.

(El liberalismo es pecado, cap. XXXIX.)

«No son ya las personas las que usan careta; son las cosas las disfrazadas, de tal suerte, que no las podrían reconocer (las generaciones pasadas). Verían el papel moneda disfrazado de numerario, el esparto de seda, las basuras de comestibles, la grosería de arte, la charlatanería de ciencia, la desvergüenza de pudor.»

COMUNICADO

Sr. Director de EL PORVENIR.

Toledo.

Muy señor mío: Como estamos de gran gala todos los que tenemos el alto honor de militar en la Comunión tradicionalista, bueno será echar una canita al aire, pues lo merece nuestro incomparable Mella. ¿Dirán aún los liberales que somos retrógrados? ¿Dirán que somos obscurantistas? ¿Dirán que somos absolutistas? ¿Qué dirán?

Deben decir que los carlistas estamos en el sitio que debemos; que somos la avanzada para mantener en toda su pureza el nombre inmaculado de la España tradicional, que un día fuera la admiración del mundo y la señora de las naciones. Deben decir que somos hombres de fe, de verdadera creencia en Dios y obediencia á su Iglesia; que no transigimos con el error ni con la revolución impía, porque es hija de la protesta; que no transigimos con el liberalismo, que es hijo de Satanás.

¿Qué otra cosa puede esperarse de los corifeos de la libertad revolucionaria sino la destrucción de la Patria? Mella lo dice: «El proyecto de jurisdicciones podría suscribirle en parte si estuviera afirmada la base sobre que descansa el Estado y la tradición en que se afirma la Patria». Es claro como la luz meridiana que al edificio, si no se le afirma y garantiza el cimiento sobre que ha de gravitar, se derrumbará. Es claro, es lógico, contundente, irrefutable, que al edificio social, la Patria, el Estado, el Ejército y cuanto existe, si le falta la base, se desmoronará. ¿Cuál es la base? ¡Dios!

¿Qué ha de suceder? Empezaron por descatolizar el corazón de España; pues hábiles obreros de Pedro Botero, comprendieron perfectamente que si no destruían el catolicismo, ningún resultado práctico habían de obtener. Pero sí, en efecto, como discípulos de tal maestro, fueron hábiles para destruir, no pensaron que el edificio construido con los materiales por ellos acumulados, se vendría abajo con tal estrépito y rapidez, que todas sus diabólicas habilidades no serían capaces á evitar ser ellos las primeras víctimas; ellos creían que sólo la Iglesia sería la víctima; ellos creían que su infernal maestro era infalible; ellos creían que había llegado la hora del reinado social de Lucifer.....

¡Insensatos! Fueron arteramente engañados por su maestro, y ellos, como hombres sin fe, no vieron que Satanás, su maestro, es siervo, es esclavo de Dios; de Dios, autor de todo lo creado; fundador de la Iglesia Católica Apostólica Romana, á la que tiene prometido que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Pasarán las generaciones; variarán su curso los ríos y los mares; las promesas de los hombres no pasarán de promesas, pero la palabra de Dios no pasará.

Así, señores liberales de todos los matices, se defiende la doctrina católica; así se defienden las tradiciones; así se defiende la Patria; así, en fin, se defiende al Ejército, sin pensar en defender el puchero ministerial. Españoles todos, debemos acudir al llamamiento de nuestra madre común, la España amada, que después de haberla deshonrado el fiero liberalismo, hoy la escarnece despiadadamente. Oid á Mella: «...me hierve la sangre y me duelen los oídos cuando oigo esa palabra de europeización. Hace algunos años, todavía no había un español que no se indignara contra aquella frase injuriosa de Dumas, que decía que el *Africa empezaba en los Pirineos*, y ahora á cada paso se habla de aires de Europa, que hay que asomarse á Europa, vivir en Europa.....» ¿Pues dónde vivimos? ¿Es que no formamos parte de esa tan decantada Europa? ¿Es que, como dice el gran Mella, vivimos en Marruecos? Visto está que para vivir en Europa y europeizarnos, habremos de trasladarnos á Inglaterra, á Francia, ó lo que sería mejor, traernos aquí á las naciones europeas citadas, especialmente á la primera, cerrar las

puertas de nuestras Iglesias, dar la voleta al Pontífice Romano y meternos de rondón en la secta protestante. ¿Es así como nos europeizaremos?

¡Ah! El defecto mayor de la humanidad es el de la ingratitud. ¿No os acordáis, desventurados liberales, de que vuestros padres pelearon bravamente por la independencia de su Patria querida, arrojando al invasor francés? ¡Luego es que vuestros padres, que os dieron su sangre, su vida, su fortuna, su fe, su amor á España, eran unos imbéciles; eran cafres; eran, en fin, de Berberial! Vuestros padres, señores liberales, eran mejores españoles que vosotros; mejor dicho, eran españoles, eran cristianos, amaban las tradiciones católicas; vosotros habéis renegado, habéis transigido con el error, habéis fraternizado con los asesinos de vuestros padres, con los invasores que profanaron nuestros Altares, que violaron todo cuanto de más santo y sagrado teníamos; luego es lógico llamaros hijos ingratos, hijos espúreos, hijos desnaturalizados.

Debemos arrojarlos y os arrojarémos. Marchaos en buen hora y no escandalicéis más á esta nuestra nación, amada y predilecta de la Santísima Virgen María, que mereció y merece, por la gracia de Dios, ser llamada la *Nación Mariana*.

Simuláis querer al Ejército y no es verdad; lo teméis y pretendéis mimarle para que no se os revuelva, y justamente indignado haga con vosotros un ejemplar castigo.

Sólo me resta, mi amado Sr. Director y mis amados correligionarios, pedir perdón por mi libertad en molestar vuestra benévola atención; no soy escritor ni sé coger la pluma para trabajos públicos; no tengo ni remota pretensión de tal; sólo me anima el deseo de cooperar siquiera con un pequeñísimo grano de arena á la restauración de la fe católica en toda su pureza y de las tradiciones patrias.

¡Viva el reinado social de Jesucristo! ¡Viva el Papa Rey! ¡Viva el Rey! ¡Viva la España tradicional! ¡Viva el gran Mella, Apóstol del tradicionalismo!

Un tradicionalista.

7 de Marzo de 1906.

EXTRANJERO

Predicadores de la Cuaresma.—Hé aquí algunas de las palabras dirigidas por el Padre Santo á los predicadores de la Cuaresma en Roma:

«Predicad el Evangelio. Hay muchos predicadores que no lo predicán y recurren á ciertos asuntos que les dan fama de predicadores á la moda. El Evangelio es el arsenal de la predicación, y solamente con él pueden predicarse cuarenta Cuaresmas; pero predicadlo con la sencillez de Nuestro Señor, que es el verdadero modelo de los que anuncian la palabra de Dios. Con las verdades encerradas en su Evangelio logró Nuestro Señor maravillar y conmovér á sus innumerables oyentes.

Enseñad los deberes y las máximas religiosas, según el Evangelio. Hablad también del infierno, no según las concepciones humanas que tratan de explicarlo, sino según las propias palabras de Nuestro Señor Jesucristo.»

Academia Pontificia Romana de Arqueología.—Esta ilustre Corporación se reunió días pasados en el Palacio de la Cancillería, bajo la presidencia del Profesor Gatti y del célebre Arqueólogo Marucchi, Secretario de la Academia. El socio correspondiente Sr. Vuscher Becchi leyó una interesante Memoria acerca de la Iglesia y Abadía de Ferentillo, cerca de Spoleto, cuya erección data del siglo VIII, y está dedicada al Príncipe de los Apóstoles.

Condecoración y encargo.—La Academia de Madagascar, presidida por el General Gallieni, ha elegido miembro correspondiente al Misionero Capuchino en Harrar, P. León, el cual publicará en breve un Diccionario y Gramática galla.

La Academia le ha suplicado además que forme el mapa de la misión, indicando la expansión de la raza galla hacia el Sud de Africa.

Próximo Consistorio.—El 21 de Junio ha sido la fecha fijada por Su Santidad para el Consistorio.

Durante los días 24 y 25 el Santo Padre será el consagrante de los nuevos diecinueve Obispos franceses, demostrándoles el Soberano Pontífice por esta distinción el afecto que le merece el Episcopado francés, con su fidelidad á la Santa Sede, en estos tristes momentos para la Iglesia de Francia.

El nuevo Arzobispo de Malinas.—Ha sido nombrado Arzobispo de Malinas, en sustitución del Cardenal Goosens, fallecido días pasados, M. Mercier, Presidente del Instituto de Filosofía de Lovaina.

NOTICIAS GENERALES

DE ESPAÑA

Pereda.—Acerca de la vida cristiana de este insigne literato, dice en el *Diario Montañés* el Cura Párroco de Polanco:

«Pereda entendía bien el negocio más difícil para el hombre: entenderse á sí mismo.

De genio vivo y penetrante, expuesto á la vanidad por su posición social, por su talento y por la pública y continua alabanza que recibía por donde quiera fuese, supo, sin embargo, acertar con la medi-

da que cura toda vanidad y toda soberbia: el pensamiento de la muerte. Esta fué su devoción favorita. Creo que tenía tanta devoción á orar ante el panteón donde vendría un día á reposar, como al Templo mismo. Al venir á Polanco, al ir á Santander, al marchar á Madrid; ya sano, ya enfermo, ya moribundo (como estaba últimamente), su visita á hacer oración al cementerio no la dejaba.

En los Oficios de difuntos sentía fuerte emoción, y oyendo cantar la Salve popular ¡qué lágrimas de consuelo no derramó! ¡Qué afectos tan tiernos del alma no dirigió á Dios!

Conocida su vida cristiana, es de esperar que el Señor se haya dignado acoger en su santo seno el alma de D. José María de Pereda.

El Comité de Defensa social de Barcelona. Se ha reunido la sección jurídica del Comité de Defensa social de Barcelona, aprobando la Memoria de los trabajos verificados durante el año último, y el estado de cuentas durante igual período.

Se acordó constituir delegaciones de la sección jurídica en todas las cabezas de partido judicial de Cataluña y aumentar el número de Abogados, Notarios y Procuradores que forman el personal de la sección de la ciudad condal.

Actualmente son ocho los procedimientos criminales que dicha sección tiene en curso por ataques ó injurias á personas eclesiásticas y religiosas.

Se han logrado también algunas sentencias, condenando á varios sujetos por no haberse descubierto al paso del Santo Viático ó de Procesiones.

Contra la blasfemia.—El Sr. Gobernador de Orense ha mandado á los agentes de vigilancia que detengan á todos los individuos que sorprendan blasfemando en la vía pública.

El de Vitoria ha decretado el encarcelamiento por quince días á los individuos de aquella ciudad Inocencio Arza y Esteban Fernández, por blasfemar del santo nombre de Dios.

Y el Alcalde de Pamplona ha impuesto 50 pesetas de multa á dos blasfemos.

Y en Toledo ¿por qué no se hace lo mismo? Todo es asunto de tragaderas. Por supuesto que puede que aquí, según la confusión reinante, no se crea mala la blasfemia.

Movimiento carlista.

Dice *La Guerrilla* de Bilbao: «Es tanto el incremento que en Los Arcos ha tomado el Partido carlista, que de diez Concejales de que se compone aquel Ayuntamiento, sólo han quedado dos anticarlistas.

El Círculo Tradicionalista ha sido instalado en el centro de la población, pues con este objeto han comprado una de las mejores casas de aquella localidad.»

Como sucedía en Toledo. ¿Volverá á suceder? Unámonos, organicémonos y ya veremos.

—En Granada se ha constituido una entusiasta Juventud Carlista que emprenderá en breve una activa campaña de propaganda por aquella provincia.

Círculo Carlista en Murcia.—Los carlistas de Murcia tratan de fundar en aquella ciudad un Círculo carlista, habiéndose nombrado ya la Junta Directiva provisional para confeccionar el reglamento.

La Juventud Carlista de Bilbao.—Esta entusiasta sociedad prepara para los sábados de la presente Cuaresma una serie de conferencias á cargo de varios miembros de la misma, algunos de los cuales son nuevos en la tribuna.

Los carlistas de Ubeda.—Los carlistas de Ubeda han nombrado la Junta de aquel distrito y se preparan á organizarse convenientemente.

Nuevo Círculo.—En breve se inaugurará el Círculo Carlista de Mondragón (Guipúzcoa) con una solemne velada.

DE LA CAPITAL

Advertencia de la Hacienda.—El Delegado de Hacienda de esta provincia nos envía el siguiente suelto que no publicamos en el número anterior por haber sido extraordinario:

«Se llama la atención de los contribuyentes que por cualquier concepto sean deudores á la Hacienda pública, acerca de la circular publicada en el *Boletín Oficial*, de esta provincia, fecha 1.º de los corrientes, en la que se les indica el medio del solventar sus descubiertos con el Tesoro, sin necesidad de satisfacer recargos por su morosidad en el pago de los tributos.»

SECCIÓN RELIGIOSA

Cuarenta Horas.—Días 14 y 15, Parroquia de San Nicolás; 16 y 17, Iglesia de Santa María Magdalena; 18 y 19, Convento de Gaitanas; 20, Parroquia de Santa Leocadia, por conmutación con el Convento de Padres Carmelitas, donde se celebrarán los días 24 y 25.

Iglesia de Padres Carmelitas.—El día 15 se celebrará un solemne Funeral en sufragio del alma de D.ª Encarnación Aldir, esposa del Sr. Director de la Sucursal del Banco.

TOLEDO

IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJOS DE J. PELÁEZ
Comercio, 55, y Lucio, 8.